NÁCAR-COLUNGA

El Sermón de la Montaña

MATEO 5

Las bienaventuranzas

1 Viendo a la muchedumbre, subió a un monte, y
cuando se hubo sentado, se le acercaron sus
discípulos.
2 Y abriendo Él su boca, les enseñaba, diciendo:
3 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque
de ellos es el reino de los cielos.
4 Bienaventurados los mansos, porque ellos
heredarán la tierra.
5 Bienaventurados los afligidos, porque ellos
serán consolados.
6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed
de justicia, porque ellos serán saciados.
7 Bienaventurados los misericordiosos, porque
ellos alcanzarán misericordia.
8 Bienaventurados los de corazón puro, porque
ellos verán a Dios.
9 Bienaventurados los pacíficos, porque ellos
serán llamados hijos de Dios.
10 Bienaventurados los que padecen persecución
por la justicia, porque suyo es el reino de los
cielos.

11 Dichosos seréis cuando os insulten y persigan
y con mentira digan contra vosotros todo género
de mal por mi.
12 Alegraos y regocijaos, pues vuestra
recompensa es grande en los cielos. Que así
persiguieron a los profetas que os precedieron.

Misión de los discípulos en la tierra

13 Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se
hace insípida, ¿con qué se la salará? Para nada
sirve ya, sino para ser arrojada y que la pisen los
hombres.
14 Vosotros sois la luz del mundo. No se puede
ocultar una ciudad asentada sobre un monte.
15 Ni se enciende una lámpara para ponerla
debajo de un celemín, sino sobre el candelero, a
fin de que alumbre a todos los de la casa.
16 Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres,
para que, viendo vuestras buenas obras,
glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Jesús y la ley

17 No penséis que he venido a abrogar la Ley o
los Profetas; no he venido a abrogarla, sino a
consumarla.

18 Porque en verdad os digo que mientras el cielo
y la tierra existan, ni una jota ni una tilde de la
Ley dejará de ser hasta que todo se cumpla.
19 Si, pues, alguno descuidase uno de estos
preceptos menores y enseñare así a los hombres,
será tenido por el menor en el reino de los cielos;
pero el que practicare y enseñare, este será tenido
por grande en el reino de los cielos.
20 Porque os digo que, si vuestra justicia no
supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis
en el reino de los cielos.

Jesús y la ira

21 Habéis oído que se dijo a los antiguos: *No*
matarás; el que matare será reo de juicio.
22 Yo os digo más: todo el que se irrita contra su
hermano merece ser condenado; el que le dijere
«raca» será reo ante el Sanedrín, y el que le
dijere «loco» será reo de la gehenna del fuego.
23 Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el
altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene
algo contra ti,
24 deja allí tu ofrenda ante del altar, ve primero a
reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a
presentar tu ofrenda.

25 Muéstrate conciliador con tu adversario
mientras vas con él por el camino, no sea que te
entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas
puesto en prisión.
26 En verdad te digo, que no saldrás de allí sin
que hayas pagado hasta el último centavo.

Jesús y el adulterio

27 Habéis oído que fue dicho: *No cometerás*
adulterio.
28 Pero yo os digo que todo el que mira a una
mujer deseándola, ya adulteró con ella en su
corazón.
29 Si, pues, tu ojo derecho te hace tropezar,
sácatelo y arrójalo fuera de ti; más te vale que
perezca uno de tus miembros y no que sea
echado todo tu cuerpo en la gehenna.
30 Y si tu mano derecha te es ocasión de tropiezo,
córtala y arrójala lejos de ti; más te vale que
perezca uno solo de tus miembros y no que sea
echado todo tu cuerpo en la gehenna.

Jesús y el divorcio

31 También se ha dicho: *El que repudiare a su*
mujer, déle un acta de repudio.

32 Pero yo os digo que quien repudia a su mujer
—excepto el caso de fornicación— la expone al
adulterio; y el que se casa con la repudiada
comete adulterio.

Jesús y los juramentos

33 También habéis oído que se dijo a los
antiguos: *No perjurarás, sino que cumplirás al*
Señor tus juramentos.
34 Pero yo os digo que no juréis de ninguna
manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios;
35 ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies;
ni por Jerusalén, pues es la ciudad del gran Rey.
36 Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está
en ti volver uno de tus cabellos blanco o negro.
37 Sea vuestra palabra: «Sí» por sí, «No» por no;
todo lo que pasa de esto, de mal procede.

Jesús y la ley del talión

38 Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo y diente*
por diente.
39 Pero yo os digo: no opongáis resistencia al
agravio; al contrario, si alguno te abofetea en la
mejilla derecha, vuélvele también la otra;
40 y al que quiera litigar contigo para quitarte la

túnica, déjale también el manto;
41 y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos.
42 Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien desea de ti algo prestado.

El amor a los enemigos

43 Habéis oído que fue dicho: *Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo*.
44 Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen,
45 para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores.
46 Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos?
47 Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los gentiles?
48 Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.

MATEO 6

Rectitud de intención

1 Guardaos bien de no hacer vuestra justicia en
presencia de los hombres para que os vean; de
otra manera no tendréis recompensa ante vuestro
Padre, que está en los cielos.
2 Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando
la trompeta delante de ti, como hacen los
hipócritas en las sinagogas y en las plazas, para
ser alabados de los hombres; en verdad os digo
que ya recibieron su recompensa.
3 Cuando des limosna, que no sepa tu mano
izquierda lo que hace tu derecha,
4 para que tu limosna sea secreta, y el Padre, que
ve lo oculto, te recompensará.

Método de hacer oración

5 Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas
que gustan de orar en pie en las sinagogas y en
las esquinas de las calles, para ser vistos de los
hombres; en verdad os digo que ya recibieron su
recompensa.
6 Tú, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada

la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.
7 Y orando, no seáis habladores, como los gentiles, que se figuran que por mucho hablar serán escuchados.
8 No os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes que se las pidáis.
9 Así, pues, habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre;
10 venga tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo.
11 Danos hoy el pan nuestro de cada día;
12 y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;
13 y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal. Amén.

El perdón de las ofensas

14 Porque si perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial.
15 Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas.

Modo de ayunar

16 Cuando ayunéis no aparezcáis tristes, como los
hipócritas que desfiguran sus rostros para
mostrar a los hombres que ayunan; en verdad os
digo, ya recibieron su recompensa.
17 Tú, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava
bien tu cara,
18 para que no vean los hombres que ayunas, sino
únicamente tu Padre, que está presente en todo,
aún en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo
secreto, te recompensará.

El tesoro en el cielo

19 No amontonéis tesoros en la tierra, donde la
polilla y el orín los corroen, y donde los ladrones
horadan los muros y roban.
20 Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla
ni el orín los corroen, y donde los ladrones no
horadan ni roban.
21 Porque donde está tu tesoro, allí estará también
tu corazón.

La lámpara del cuerpo

22 La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu

ojo fuere puro, todo tu cuerpo estará luminoso;
23 pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará oscurecido, pues si la luz que hay en ti es tiniebla, las mismas tinieblas, ¿cuán grandes serán?

Dios y las riquezas

24 Nadie puede servir a dos señores, pues o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Confianza en la providencia del divino Padre

25 Por eso os digo: no os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?
26 Mirad como las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Acaso vosotros no valéis más que ellas?
27 Y ¿quién de vosotros a fuerza de afanes puede añadir un solo codo a su estatura?
28 Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Contemplad los lirios del campo, cómo crecen;

no se fatigan ni hilan.
29 Sin embargo yo os digo que ni Salomón en
toda su gloria se vistió como uno de ellos.
30 Pues si la hierba del campo, que hoy florece, y
mañana es arrojada al horno, Dios así la viste ¿no
hará mucho más con vosotros, hombres de poca
fe?
31 No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué
comeremos, qué beberemos o que vestiremos?
32 Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien
sabe vuestro Padre celestial que de todo eso
tenéis necesidad.
33 Así que buscad primero el reino de Dios y su
justicia, y todas las demás cosas se os darán por
añadidura.
34 No andéis, pues, acongojados por el mañana;
que el día de mañana harto cuidado traerá por sí;
bástale ya a cada día su propio afán.

MATEO 7

El juicio sobre los demás

1 No juzguéis, y no seréis juzgados,
2 porque con el juicio que juzgareis seréis juzgados, y con la misma medida con que midiereis sereis medidos.
3 ¿Por qué te pones a mirar la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que está en el tuyo?
4 O ¿cómo osas decir a tu hermano: Deja que te quite la paja del ojo, teniendo tú una viga en el tuyo?
5 Hipócrita: quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano.
6 No deis a los perros las cosas santas, ni arrojéis vuestras perlas a los cerdos; no sea que las pisoteen con sus pies, y se vuelvan contra vosotros y os destrocen.

Poder de la oración

7 Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.

8 Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre.
9 ¿Hay por ventura alguno entre vosotros que, si su hijo le pide pan, le da una piedra,
10 o si le pide un pez, le da una serpiente?
11 Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar a dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pide!

La regla de oro

12 Por eso, todo cuanto quisiéreis que hagan los hombres con vosotros, así también hacedlo vosotros con ellos, porque esta es la suma de la Ley y de los Profetas.

Las dos sendas

13 Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran.
14 ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!

Los falsos profetas

15 Guardaos de los falsos profetas, que vienen a
vosotros con vestiduras de ovejas, mas por
dentro son lobos rapaces.
16 Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se
recogen racimos de los espinos o higos de las
zarzas?
17 Así es que todo árbol bueno da frutos buenos,
y todo árbol malo da frutos malos.
18 No puede el árbol bueno dar frutos malos, ni el
árbol malo dar frutos buenos.
19 El árbol que no da frutos buenos es cortado y
arrojado al fuego.
20 Por los frutos, pues, los conoceréis.

La verdadera sabiduría

21 No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en
el reino de los cielos, sino el que hace la
voluntad de mi Padre, que está en los cielos.
22 Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!,
¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre
arrojamos demonios, y en tu nombre hicimos
muchos prodigios?
23 Yo entonces les diré: Nunca os conocí;
apartaos de mí, obradores de iniquidad.

24 Aquel, pues, que escucha mis palabras y las
pone por obra, será como el varón prudente, que
funda su casa sobre piedra.
25 Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron
los vientos, y dieron sobre la casa, pero no fue
destruida, porque estaba fundada sobre piedra.
26 Pero el que escucha estas palabras y no las
pone por obra, será semejante al necio, que
construyó su casa sobre arena;
27 Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron
los vientos, y dieron sobre la casa, que se
derrumbó estrepitosamente.

Conclusión

28 Cuando acabó Jesús estos discursos, se
maravillaban las muchedumbres de su doctrina,
29 porque les enseñaba como quien tiene poder, y
no como sus escribas.